

Esta observación es tanto más exacta, cuanto que el cardenal Fesch, a quien hago en las presentes *Memorias* una justicia que él no debía esperar, había enviado pliegos a París poco favorables a mi persona, casi en el mismo momento en que cambió de conducta para conmigo, después de la muerte de la señora de Beaumont. ¿Su verdadero pensamiento hallábase en sus conversaciones, cuando me daba permiso para ir a Nápoles, o en sus misivas diplomáticas? Ambas estaban en contradicción. De mí sólo hubiera dependido el poner de acuerdo consigo mismo al señor cardenal, haciendo desaparecer hasta las huellas de las comunicaciones que trataban de mí; me bastaba sacar de los legajos, cuando fui ministro de Estado, las elucubraciones del embajador, y no habría hecho más que lo que hizo el señor de Talleyrand con su correspondencia con el emperador. Mas no me creía con derecho para usar del poder en beneficio mío. Si alguna vez se registran aquellos documentos, se encontrarán en su sitio. Tal vez esta manera de obrar sea una necesidad perjudicial; pero para no hacer mérito de una virtud que no tengo, es necesario que se sepa que el haber respetado esa correspondencia de mis detractores depende más de mi desprecio que de mi generosidad. También he visto en los archivos de la embajada francesa en Berlín cartas del señor marqués de Bonnay, ofensivas a mi persona, y, en vez de hacer un misterio de ellas, las daré a conocer.

El señor cardenal Fesch no guardaba más consideraciones conmigo que con el pobre abate Guillon (obispo de Marruecos), a quien señalaban como *agente de Rusia*. De la misma manera llamaba Bonaparte al señor Lainé *agente de Inglaterra*, porque aquel gran hombre había aprendido de los informes de la policía a entretenerse en esta especie de chismes. Pero por ventura, ¿no se podía objetar nada contra el mismo señor Fesch? ¿Qué caso hacía de él su propia familia? El cardenal de Clermont-Tonnerre estaba en Roma como yo en 1803; y ¿qué de cosas no escribió sobre el tío de Napoleón? Todavía conservo las cartas. Por lo demás, ¿a quién interesan ya estas pequeñeces, sepultadas hace cuarenta años en unos legajos carcomidos? De los distintos actores que figuraron en aquella época, uno sobrevivirá, Bonaparte. Todos los demás que aspiramos a la vida

estamos ya muertos. ¿Quién lee el nombre del insecto al débil resplandor que al arrastrarse suele dejar tras sí?

Posteriormente, el cardenal Fesch me vió de embajador cerca de León XII; me dió pruebas de aprecio, y, por mi parte, procuré anticiparme a ellas tratándole con deferencia. Bien mirado, es muy natural que me hayan juzgado con la misma severidad con que yo mismo me trato. Todo esto tiene una antigüedad fabulosa: hoy ya ni quiero conocer la letra de los que en 1803 sirvieron de secretarios, oficiales u oficiosos, al cardenal Fesch.

Salí para Nápoles, y allí permanecí un año sin la señora de Beaumont. Año de ausencia al cual debían seguir tantos otros. No he vuelto a ver Nápoles desde aquella época, a pesar de que en 1828 llegué hasta sus puertas con intención de visitarle, en compañía de la señora de Chateaubriand. Los naranjos estaban cargados de fruto, y los mirtos de flores. Las bahías, los campos Elíseos y el mar tenían encantos que ya no podía yo comunicar a nadie. En los *Mártires* he descrito la bahía de Nápoles. Subí al Vesubio, y descendí hasta su cráter. En esto no hice más que plagiarle; representaba la escena del *René*. En Pompeya me mostraron un esqueleto cargado de cadenas, y varias frases latinas escritas con mala ortografía por los soldados sobre las paredes. Regresé a Roma: Canova me permitió entrar en su taller, al tiempo que trabajaba en la estatua de una ninfa. A otro lado estaban los modelos de las esculturas sepulcrales que le había encargado, y que estaban ya muy adelantadas. De allí fui a San Luis a rezar sobre unas cenizas, y el 21 de enero de 1804, día también desgraciado para mí, salí en dirección a París.

Revisado en 22 de febrero 1845.

París, 1838.

AÑO DE MI VIDA 1804. — REPÚBLICA DEL VALAIS. — VISITA AL PALACIO DE LAS TULLERÍAS. — PALACIO DE MONTMORIN. — OÍGO PREGONAR LA MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN. — PRESENTO MI DIMISIÓN. — MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.

Como no pensaba permanecer en París, me apeé en el hotel de Francia, calle de Beaune, adonde fué la señora de Chateaubriand a reunirse conmigo para di-

rigimos juntos al Valais. Mis antiguas relaciones, ya medio dispersas, habían perdido el lazo que las reunía.

Napoleón caminaba hacia el imperio; su genio se elevaba según iban creciendo los acontecimientos, y podía, como la pólvora al dilatarse, trastornar el mundo. Inmenso ya, y conociendo, sin embargo, que aun no había llegado al apogeo, se sentía atormentado por sus propias fuerzas. Marchaba a tientas, y parecía como que buscaba un camino. Cuando llegué a París, se las había con Pichegru y Moreau, a los que había consentido en admitir por rivales, llevado de una mezquina envidia. Moreau, Pichegru y Jorge Cadoudal, este último muy superior a los dos anteriores, fueron reducidos a prisión.

Esas vulgares conspiraciones que se ven en todos los negocios de la vida no cuadraban a mi naturaleza, y con gran placer aproveché la ocasión de refugiarme en las montañas.

El consejo municipal de Sión me dirigió una carta; su sencillez me ha hecho considerarla como un importante documento; entraba yo en la política por la religión; *El Genio del Cristianismo* me abría las puertas.

«REPUBLICA DEL VALAIS

Sión, 20 de febrero 1804.

»EL CONSEJO MUNICIPAL DE SIÓN

»Al señor de Chateaubriand, secretario de legación de la república francesa en Roma:

»Señor secretario:

»Por una carta oficial de nuestro gran baillío nos hemos enterado de su nombramiento para ocupar el puesto de ministro de Francia cerca de esta república, y nos apresuramos a manifestarle el especial placer que semejante elección nos produce. En su nombramiento de usted vemos una preciosa prenda de la benevolencia del primer cónsul para con nuestra república, y, al felicitarnos por el honor de poseerle a usted en nuestros muros, consideramos esta circunstancia como uno de los más felices agüeros para el bienestar de nuestra patria y de nuestra capital. Como débil muestra de estos sentimientos, hemos acordado que se le prepare un alojamiento provisional digno de recibirle y provisto de los muebles y los efectos adecuados a su

uso, hasta el punto que las circunstancias y la localidad lo permitan, interin puede usted mismo dictar las disposiciones convenientes.

»Dígnese aceptar esta oferta como una prueba de nuestras sinceras intenciones de honrar al gobierno francés en la persona de su enviado, cuya elección debe ser particularmente grata a un pueblo desgraciado. Le rogamos que se sirva avisarnos con anticipación de su llegada a esta ciudad.

»Reciba la seguridad de nuestra respetuosa consideración.

»El presidente del consejo municipal de Sión,

»DE RIEDMATTEN.

»Por el consejo municipal,
»El secretario, DE TORRENTÉ.»

Dos días antes del 21 de marzo me vestí para ir a despedirme de Bonaparte en las Tullerías; no le había vuelto a ver desde la entrevista de casa de Luciano. La galería en que daba audiencia estaba llena de gente; acompañado de Murat y del primer ayudante de campo se paseaba casi sin detenerse. A medida que se acercaba a mí me sorprendía la alteración de su semblante; sus mejillas estaban hundidas y lívidas, su mirada torva, su tez pálida, su aspecto sombrío y terrible. Desde aquel momento cesó la simpatía que al principio sentí hacia él; en vez de permanecer en el sitio por donde debía pasar, di unos pasos atrás para evitar su encuentro. Me miró, como queriendo reconocerme, dió algunos pasos hacia mí y después se volvió y se alejó. ¿Era yo, por ventura, a sus ojos una reconvencción? Su ayudante de campo reparó en mí, perdido entre la muchedumbre que me rodeaba; me seguía con la vista y arrastraba al cónsul hacia el sitio donde yo me encontraba. Esta maniobra continuó por espacio de un cuarto de hora; yo retirándome siempre, Napoleón siguiéndome sin saberlo. Jamás me pude explicar la causa de esto. ¿Me creía tal vez un hombre sospechoso sin conocerme? ¿Quería, conociéndome, obligar a Bonaparte a que me hablase? Sea lo que fuere, Napoleón pasó a otra habitación. Satisfecho con haber cumplido presentándome en las Tullerías, me retiré. Al notar la alegría que siempre he experimentado cuando salgo de un palacio, es evidente que no he nacido para entrar en ellos.

Al volver al hotel de Francia, dije a muchos de mis amigos: «Preciso es que suceda alguna cosa muy extraña, porque Napoleón no puede haber cambiado tanto, a no ser que se halle enfermo.»

El señor Bourrienne tuvo noticias de mi singular profecía; solamente que ha equivocado la fecha: he aquí lo que dice: «Al regresar de casa del primer cónsul, el señor de Chateaubriand dijo a sus amigos que había notado en Bonaparte una gran alteración y algo de siniestro en sus miradas.»

¡Sí; lo noté, efectivamente. Una inteligencia superior no comprende nada malo sin sufrir, porque el mal no es hijo natural de ella, y nunca debería producirlo.

El día 21 me levanté bastante temprano, a causa de un recuerdo tan triste como querido. El señor de Montmorin había hecho edificar un palacio al final de la calle de Plumet, en el baluarte nuevo de los Inválidos. En el jardín de aquel palacio, vendido durante la revolución, la señora de Beaumont, siendo casi niña, había plantado un ciprés, y, muchas veces, al pasar por allí, se complacía en enseñármelo. Fui a despedirme de aquel árbol, cuyo origen y cuya historia era solamente conocida por mí. Todavía existe; pero sus ramas enfermizas se elevan apenas a la altura de la ventana, bajo la cual una mano, que no volverá a hacerlo, cuidaba de su cultivo. Siempre tuve por este pobre árbol una particular predilección, distinguiéndole entre tres o cuatro de su especie; parece como si me conociera y se alegrara cuando me aproximaba a él; las brisas melancólicas hacen inclinarse ante mí su amarillenta cabeza, produciendo un triste murmullo ante la ventana de la abandonada habitación: esa misteriosa inteligencia que existe entre nosotros cesará con la muerte de uno de los dos.

Habiendo pagado mi piadoso tributo, volví a cruzar el baluarte y la explanada de los Inválidos: atravesé el puente de Luis XVI y el jardín de las Tullerías, de donde salí por la verja que da hoy a la calle de Rivoli. Al pasar, entre once y doce de la mañana, oí a un hombre y a una mujer que gritaban vendiendo una noticia oficial; los transeuntes se detenían petrificados al escucharlos: «Sentencia de la comisión militar especial convocada en Vincennes, que condena a la pena de muerte al llamado Luis An-

tonio Enrique de Borbón, nacido en Chantilly el 2 de agosto de 1772.»

Aquella noticia me hirió como un rayo; cambió mi vida del mismo modo que cambió la de Napoleón. Llegué a mi casa y dije a la señora de Chateaubriand: «El duque de Enghien acaba de ser fusilado.» Me senté delante de una mesa, poniéndome a escribir mi dimisión. La señora de Chateaubriand no se opuso, y me vió redactarla con un gran valor. No ignoraba ella el peligro que corría: trabajábase en el proceso del general Moreau y de Jorge Cadoudal: el león había probado la sangre, y no era aquel el momento de excitarlo.

El señor Clausel de Coussergues llegó en aquel momento; había oído también pregonar la sentencia. Me encontró con la pluma en la mano: mi carta, de la que me hizo suprimir algunas frases algo duras, en atención a la señora de Chateaubriand, partió para su destino; iba dirigida al ministro de Estado. Poco importaba su redacción: mi opinión y mi crimen consistían en el acto de dimitir: Bonaparte no se había engañado. La señora Bacciochi estalló de cólera al saber lo que llamaba mi *defección*; me mandó llamar, y me hizo las más vivas reconvenções. El señor de Fontanes, a quien el miedo hizo casi enloquecer en los primeros momentos, me creyó fusilado cuando menos, así como todas las personas que me eran adictas. Durante varios días mis amigos estuvieron temiendo verme prender por la policía; se presentaban en mi casa de hora en hora, temblando siempre que se acercaban al cuarto del portero. El señor Pasquier fué a abrazarme al día siguiente de mi dimisión, diciéndome que se consideraba dichoso en tener un amigo como yo. Había permanecido bastante tiempo en una honrosa medianía, alejado de los negocios públicos.

No obstante, este movimiento simpático que nos hace objeto de alabanzas por una acción generosa, se contuvo. En nombre de la religión yo acepté un empleo fuera de Francia, empleo que me había conferido un genio poderoso, vencedor de la anarquía, un jefe emanado del principio popular, el cónsul de una república, y no de un rey, continuador de una *monarquía* usurpada. Al principio me hallaba aislado en mi sentimiento, porque era consecuente con mi conducta; me retiré cuando se modificaron

las condiciones que yo podía subscribir; pero en el instante en que el héroe se convirtió en asesino, se precipitaron en sus antecámaras. Seis meses después del 21 de marzo, se hubiera creído que no había más que una opinión en la alta clase de la sociedad, con alguna que otra excepción, que sólo se manifestaba a escondidas.

Los personajes *caídos* aseguraban haber sido *forzados*, y no se *forzaba*, según ellos decían, sino a los que tenían un gran nombre o una verdadera importancia, y cada uno, con el objeto de probar su importancia o sus cuarteles, obtenía el ser *forzado* a fuerza de solicitudes.

Los que más me habían elogiado antes se fueron alejando de mí; mi presencia era para ellos una acusación: las personas *prudentes* hallan una imprudencia en ceder ante el honor. Hay veces en que la elevación de alma es una verdadera enfermedad; nadie la comprende; pasa por una limitación de talento, por una falsa preocupación, por una mala inteligencia de educación, por una locura, por una obcecación que impide ver las cosas como son; obcecación honrosa quizás, dicen, pero que no por eso deja de ser un estúpido idiotismo. Esa capacidad, ¿puede dársele a la persona que no ve nada y que permanece ajena a la marcha del siglo, al movimiento de las ideas, a la transformación de las costumbres, a los progresos de la sociedad? ¿No es una equivocación lastimosa dar a los acontecimientos una importancia que no tienen? Amurallados en vuestros estrechos principios, con el espíritu tan escaso como el juicio, os encontraréis como una persona que vive en un cuarto interior, no teniendo más vista que la de un estrecho patio, ignorando cuanto pasa por la calle, y no oyendo el ruido que reina a su alrededor. He aquí a lo que os conduce un poco de independencia; a ser objeto de lástima para las medianías: porque en cuanto a los espíritus fuertes para el afectuoso orgullo y para los ojos sublimes, *oculos sublimes*, su desdén misericordioso os perdona conociendo que no *podéis comprender*. Así fué que me volví a dedicar con más ahínco a la carrera literaria. ¡Pobre Píndaro destinado a cantar en mi primer olimpiada la *excelencia del agua*, dejando el vino a los bienaventurados!

La amistad rindió el corazón del señor de Fontanes; la señora Bacciochi interpuso su benevolencia entre mi resolución

y la cólera de su hermano; el señor de Talleyrand, sea por cálculo o por indiferencia, retuvo por mucho tiempo mi dimisión antes de dar cuenta de ella: cuando la notificó a Bonaparte, había ya tenido éste tiempo suficiente para reflexionar. Al recibir de mi parte la única y directa muestra de acusación de un hombre honrado que no temía su cólera, pronunció únicamente estas dos palabras: «Está bien.» Algún tiempo después dijo a su hermana: «Confesad que habéis tenido miedo por vuestro amigo.» Mucho tiempo después, hablando con el señor de Fontanes, le confesó que mi dimisión era una de las cosas que más le habían sorprendido. El señor de Talleyrand me envió una comunicación, reprendiéndome con mucha amabilidad por haber privado a su departamento de mis talentos y de mis servicios. Devolví los adelantos que se me habían hecho para mi embajada, y todo terminó en apariencia. Pero al aventurarme a separarme de Napoleón, me había colocado a nivel suyo, y éste se hallaba animado contra mí de toda su mala fe, del mismo modo que yo me había armado contra él de toda mi lealtad. Hasta su caída conservó su espada suspendida sobre mi cabeza; pensaba algunas veces en mí por un natural instinto, y procuraba buscar la manera de mezclarme en sus fatales prosperidades: a veces me inclinaba ante él llevado de la admiración que me inspiraba, por la idea de que estaba presenciando una transformación social y no un mero cambio de dinastía; pero en constante oposición sobre muchos puntos, nuestras dos naturalezas se chocaban a su vez; y si es cierto que él me habría mandado fusilar de muy buena gana, también lo es que al matarlo no hubiera tenido yo mucho sentimiento.

Si hubiese únicamente consultado mi ambición, seguramente me habría equivocado. Carlos X no supo hasta Praga lo que yo hice en 1805; volvía entonces de la monarquía. «Chateaubriand—me dijo en el palacio de Hradschin—, ¿habéis servido a Bonaparte?» «Sí, señor.» «¿Presentasteis vuestra dimisión a la muerte del duque de Enghien?» «Sí, señor.» La desgracia devuelve la memoria. Ya he referido que cierto día, en Londres, habiéndome refugiado con el señor de Fontanes bajo una calle de árboles durante un aguacero, el duque de Borbón se acogió bajo ella; en Francia, su valiente padre y él, que tantas accio-

nes de gracias prodigaban a cualquiera que escribía la oración fúnebre del duque de Enghien, no me han consagrado un solo recuerdo. Seguramente ignoraban mi conducta. Verdad es que jamás le hablé de ella.

En el mes de octubre se apodera de mí una desazón que me obligaría a cambiar de clima, como las aves de paso, si me fuera dable disponer del poder de las alas y de la ligereza de las horas: las nubes que cruzan el cielo me causan envidia. Con el objeto de engañar este instinto me refugié en Chantilly. Anduve errante sobre la verde alfombra de hierba: algunas cornejas, volando sobre los vallados, los árboles y las explanadas, me llevaron hasta los estanques de Comelle. En los tiempos de René hubiera yo encontrado los misterios de la vida en el arroyo de la Theve, que oculta su corriente entre el musgo y las espigas: hállase rodeado de cañaverales, y muere en los estanques que alimenta su juventud, siempre expirante y siempre rejuvenecida.

Volviéndome a lo largo de los setos, apenas crecidos, me sorprendió la lluvia; busqué refugio bajo un haya; sus últimas hojas desaparecían como mis años, su cima se despoblaba como mi cabeza: estaba marcado el tronco con un círculo encarnado, para ser derribado como yo. Regresé a la posada con una porción de plantas de otoño y en una disposición poco favorable a la alegría, y me dispuse a hacer la narración de la muerte del duque de Enghien, a vista de las ruinas de Chantilly.

Aquella muerte, por el pronto, heló de espanto todos los corazones: pareció próxima la vuelta del reinado de Robespierre. París creyó volver a presenciar uno de esos días que se ven una vez sola: el día de la ejecución de Luis XVI. Los partidarios, los amigos, los parientes de Bonaparte, estaban consternados. En el extranjero, si el lenguaje diplomático ahogó repentinamente la sensación popular, no por eso conmovió menos a la multitud. Para la desterrada familia de los Borbones, el golpe fué terrible: Luis XVIII devolvió al rey de España la condecoración del Toisón de oro que Bonaparte acababa de recibir: la devolución fué acompañada de la siguiente carta, que hace honor a la mano que la escribió:

«Señor y caro primo: Nada puede ha-

ber de común entre mí y el gran criminal a quien la audacia y la fortuna colocaron sobre un trono que ha tenido la barbarie de manchar con la sangre de un Borbón, del duque de Enghien. La religión puede obligarme a perdonar a un asesino; pero el tirano de mi pueblo debe siempre ser enemigo mío. La Providencia, en sus altos fines, me puede condenar a terminar mis días en el destierro; pero jamás mis contemporáneos ni la posteridad podrán decirme que en el tiempo de la adversidad me he mostrado indigno de ocupar, hasta el último momento, el trono de mis antepasados.»

Es preciso no olvidar otro nombre que se asocia al del duque de Enghien: Gustavo Adolfo el destronado, el desterrado, fué el único de los reyes reinantes entonces que osó alzar la voz para salvar al joven príncipe francés. Envió desde Carlsruhe un ayudante de campo portador de una carta dirigida a Bonaparte; ésta llegó demasiado tarde: el último de los Condés había dejado de existir. Gustavo Adolfo devolvió al rey de Prusia el cordón del Aguila Negra, como Luis XVIII había devuelto el Toisón al rey de España. Decía Gustavo al heredero de Federico el Grande, que «con arreglo a las leyes de la caballería, no podía él consentir en ser hermano de armas del asesino del duque de Enghien.» (Bonaparte tenía el cordón del Aguila Negra.) ¡Qué amargo sarcasmo hay en estos recuerdos inusitados de caballería, extinguidos en todas partes, excepto en el corazón de un rey infortunado hacia un amigo asesinado; nobles simpatías del infortunio, que viven aisladas sin ser comprendidas en un mundo ignorado de los hombres!

No sin objeto y no sin precaución se prendió al duque de Enghien: Napoleón había tomado una nota exacta del número de los Borbones que había en Europa. En un consejo, al que asistieron el señor de Talleyrand y el señor Fouché, se expuso que el duque de Angulema se encontraba en Varsovia con Luis XVIII; el conde de Artois y el duque de Berry en Londres, con los príncipes de Condé y de Borbón. El menor de los Condé estaba en Ettenheim, en el ducado de Baden. Se reconoció que los señores Taylor y Drake, agentes ingleses, habían renovado las intrigas por esta parte. El duque de Borbón, con fecha 16 de junio de 1803, puso en salvo contra una prisión probable a su nieto por medio de una

carta enviada de Londres, y que aun se conserva. Bonaparte llamó a su lado a los dos cónsules, sus colegas. Dió primero amargas quejas al señor Real, por haberle dejado ignorar lo que contra él se proyectaba, y escuchó pacientemente sus excusas: Cambaceres fué quien se expresó con más energía. Bonaparte le dió las gracias, y fué más allá que él. He visto esto en las memorias de Cambaceres, que un sobrino suyo, el señor de Cambaceres, par de Francia, tuvo la bondad de dejarme consultar, por lo que le estaré siempre sumamente agradecido. La bomba, lanzada una vez, no vuelve al sitio de partida; va hacia el sitio adonde se la envía y cae. Para ejecutar las órdenes de Bonaparte era necesario violar el territorio de Alemania, y el territorio de Alemania fué inmediatamente violado. El duque de Enghien fué preso en Ettenheim. Encontraron a su lado, en vez del general Dumouriez, al marqués de Thumery y a algunos otros emigrados de poca nombradía: esto debió advertirles la equivocación. El duque de Enghien fué conducido a Estrasburgo. El principio de la catástrofe de Vincennes nos lo refiere el mismo príncipe en un diario de camino desde Ettenheim a Estrasburgo.

Chantilly, noviembre 1838.

DIARIO DEL DUQUE DE ENGHEN. — NOMBRAMIENTO DE LA COMISIÓN MILITAR. — INTERROGATORIO DEL CAPITÁN FISCAL. — SESIÓN Y SENTENCIA DE LA COMISIÓN MILITAR. — AÑO DE MI VIDA 1804.

«El jueves, 15 de marzo—dice el príncipe—, a eso de las cinco de la mañana, fué cercada mi casa en Ettenheim por un destacamento de dragones y por piquetes de gendarmería; en total, unos doscientos hombres, dos generales, el coronel de dragones, y el coronel Charlot, de la gendarmería de Estrasburgo. A las cinco y media, habiendo derribado las puertas, fué conducido al molino, cerca del tejear. Se apoderaron de mis papeles, sellándolos. En un carro, y entre dos filas de soldados, fué conducido hasta el Rin. Embarcáronme después para Rhinau. Habiendo desembarcado, fuí a pie hasta Pfortsheim. Almorcé en la posada. Subí en un carruaje con el coronel Charlot, con el comandante de la gendarmería del distrito, un gendarme en el pescante, y Grunstein. Llegamos a Es-

trasburgo, a casa del coronel Charlot, a las cinco y media de la tarde. Media hora más tarde fuí conducido en un fiacre a la ciudadela.

»Domingo, 18. Acaban de hacerme levantar a la una y media de la mañana. No me dejan más tiempo que el necesario para vestirme. He abrazado a mis desgraciados compañeros. Salgo acompañado únicamente por dos oficiales de gendarmería y dos soldados del mismo cuerpo. El coronel Charlot me notificó que íbamos a casa del general de división, quien había recibido órdenes de París. En vez de esto me hallo con un carruaje de camino con seis caballos, en la plaza de la iglesia. El subteniente Petermann subió a mi lado; el comandante del distrito, Blitersdorff, en el pescante; dos gendarmes dentro y otro fuera.»

Aquí el naufrago, próximo a sumergirse, interrumpió su diario.

A eso de las cuatro de la tarde, habiendo llegado ante una de las barreras de la capital, donde desemboca el camino de Estrasburgo, el carruaje, en vez de entrar en París, siguió el bulevar exterior, deteniéndose en el fuerte de Vincennes. El príncipe bajó del carruaje en el patio interior, y fué conducido a una habitación de la fortaleza, donde le encerraron, quedándose dormido al poco rato.

A medida que el príncipe se iba acercando a París, Bonaparte afectaba una tranquilidad que no tenía. El 18 de marzo marchó a Malmaison: era el domingo de Ramos. La señora Bonaparte, que, como toda su familia, se hallaba instruída de la prisión del príncipe, le habló de ella. Bonaparte le replicó: «Tú no sabes nada de política.» El coronel Savary había llegado a obtener el favor de Bonaparte; ¿por qué? Porque le había visto llorar en Marengo. Los hombres excepcionales han de desconfiar de sus lágrimas, que les ponen al nivel de los hombres vulgares. Las lágrimas son una de esas debilidades por las que un testigo puede hacerse dueño de las resoluciones de un hombre superior.

Asegúrase que el primer cónsul hizo redactar todas las órdenes para Vincennes. Decía una de aquellas órdenes que si la sentencia resultase ser una sentencia de muerte, debía ser ejecutada en seguida. Creo esto, aunque no lo puedo afirmar, por haber desaparecido aquellas

órdenes. La señora de Remusat, que en la noche del 20 de marzo jugaba al ajedrez en Malmaison con el primer cónsul, le oyó recitar por lo bajo algunos versos sobre la clemencia de Augusto; por un momento creyó que el príncipe se había salvado. Pero no, el destino había pronunciado su oráculo. Cuando Savary volvió a aparecer en Malmaison, la señora Bonaparte adivinó toda la desgracia. El primer cónsul se encerró en sus habitaciones por espacio de muchas horas. Después sopló el viento, y todo se concluyó.

Una orden de Bonaparte del 29 de ventoso, año XII, mandaba que se reuniese en Vincennes una comisión militar, compuesta de siete individuos designados por el general gobernador de París (Murat), para juzgar al llamado duque de Enghien, acusado de haber hecho armas contra la república, etc.

Con arreglo a este decreto, aquel mismo día Joaquín Murat nombró para dicha comisión a los siete militares siguientes:

El general Hulin, que mandaba a los granaderos de a pie de la guardia de los cónsules, presidente.

El coronel Guitton, comandante del primer regimiento de coraceros.

El coronel Bazancourt, comandante del 4.º regimiento de infantería ligera.

El coronel Ravier, comandante del 18.º regimiento de infantería de línea.

El coronel Barrois, comandante del 96.º regimiento de infantería de línea.

El coronel Rabbe, comandante del 2.º regimiento de la guardia municipal de París.

El ciudadano Dautancourt, mayor de la gendarmería, que desempeñaría las funciones de capitán fiscal.

El capitán-fiscal Dautancourt, el jefe de escuadrón Jacquin, de la legión de preferencia, dos gendarmes de a pie del mismo cuerpo, Lerva, Tharsis y el ciudadano Noirot, teniente del mismo cuerpo, penetraron en la habitación del duque de Enghien; despertáronle; no debía esperar sino cuatro horas para volver a su sueño. El capitán-fiscal, acompañado de Molin, capitán del 18.º regimiento, escribano nombrado por el citado fiscal, interrogó al príncipe.

Le preguntaron sus nombres, apellidos, edad y lugar de su nacimiento.

Respondió llamarse Luis Antonio Enrique de Borbón, duque de Enghien,

nacido el 2 de agosto de 1772 en Chantilly.

Preguntado que en qué punto había residido desde su salida de Francia:

Contestó: que después de haber seguido a su familia, y habiéndose formado el ejército de Condé, había hecho toda la guerra, y que antes de esto había hecho la campaña de 1792 en Brabante, con el ejército de Borbón.

Le preguntaron si había pasado a Inglaterra, y si esta potencia le continuaba dando alguna pensión:

Respondió: que nunca había estado en ella; que Inglaterra le daba una pensión; y que sólo contaba con ella para vivir.

Preguntado por el grado que ocupaba en el ejército de Condé:

Contestó: comandante de la vanguardia antes de 1796; antes de esta campaña voluntario en el cuartel general de su abuelo, y siempre, desde 1796, comandante de la vanguardia.

Preguntado si conocía al general Pichegru, y si había tenido relaciones con él:

Respondió: no recuerdo haberle visto jamás. No he tenido con él relación alguna. Sé que ha deseado verme, y me doy el parabién de no haberle conocido, si es cierto que se ha querido valer de medios tan viles como se asegura.

Preguntado si conocía al ex general Dumouriez, y si había estado en relaciones con él:

Respondió que no.

De todo lo cual se tomó acta, firmada por el duque de Enghien, por el jefe del escuadrón Jacquin, por el subteniente Noirot, por los dos gendarmes y por el capitán-fiscal.

Antes de firmar el presente proceso verbal, el duque de Enghien dijo: «Ruego que se me conceda una audiencia particular con el primer cónsul. Mi nombre, mi rango, mi modo de pensar y la posición horrible en que me encuentro, me hacen esperar que no se negará a mi deseo.»

«A las dos de la mañana del día 21 de marzo el duque de Enghien fué conducido a la sala donde estaba reunida la comisión, y repitió lo que había dicho en el interrogatorio del fiscal. Ratificóse en su declaración: añadiendo que estaba pronto a hacer la guerra, y que deseaba tomar parte en la nueva guerra de Inglaterra contra Francia.

»Habiéndole preguntado si tenía algu-

na cosa que decir sobre sus medios de defensa, contestó que no tenía que decir nada más.

»El presidente hizo retirar al acusado: el consejo deliberó en sesión secreta; el presidente recogió los votos, empezando por el individuo de menor graduación; luego, habiendo él emitido el último su opinión, por unanimidad de votos se declaró al duque de Enghien culpable, y se le aplicó el artículo....., de la ley de....., concebido en estos términos... y, en su consecuencia, le condenó a la pena de muerte. Se decidió que la presente sentencia fuese cumplida inmediatamente después de las diligencias del capitán-fiscal, y después de haber dado lectura de ella al condenado a presencia de los diferentes destacamentos de los cuerpos de la guarnición.

»Aprehendido y juzgado en el día, mes y año arriba citados.»

Detrás de aquel sepulcro abierto, ocupado y cerrado, llegaron diez años de olvido, de alegría general y de gloria; la hierba creció al ruido de las salvas, que anunciaban las victorias a la luz de las iluminaciones, que alumbraban la consagración pontifical, el casamiento de la hija de los Césares o el nacimiento del rey de Roma. Tan sólo algunas personas tristes andaban errantes por los bosques, y se atrevían a dirigir una mirada furtiva a aquellas cenizas, en tanto que algunos presos las veían desde lo alto de la torre que los encerraba. Llegó la Restauración: removiése la tierra de la tumba, y con ella las conciencias; cada uno se creyó entonces en el deber de explicar su conducta. El señor Dupin, mayor, publicó su discusión; el señor Hulin, presidente de la comisión militar, habló también; el duque de Rovigo entró en la controversia acusando al señor de Talleyrand; un tercero replicó en nombre del señor de Talleyrand, y Napoleón elevó su estentórea voz sobre la roca de Santa Elena.

Preciso es reproducir y estudiar estos documentos, asignando a cada uno la parte que le toca y el lugar que debe ocupar en este drama. Es de noche, y estamos en Chantilly; también era de noche cuando el duque de Enghien se hallaba en Vincennes.

Cuando el señor Dupin publicó su memoria, me la envió, acompañada de la siguiente carta:

«Señor vizconde: Tenga la bondad de

admitir un ejemplar de la memoria relativa al asesinato del duque de Enghien.

»Hace mucho tiempo que hubiera visto la luz pública si no hubiese, ante todo, respetado la voluntad de monseñor el duque de Borbón, que, al tener noticia de mi trabajo, me hizo saber sus deseos de que este deplorable asunto no fuese desenterrado.

»Pero la Providencia, habiendo permitido que otros tomasen la iniciativa, ha hecho necesario dar a conocer la verdad, y después de haberme asegurado de que no había ya que guardar silencio, he hablado con franqueza y sinceridad.

»Tengo el honor de ser, con el más profundo respeto, señor vizconde, el más seguro y humilde servidor de V. E.,

»DUPIN.»

El señor Dupin, a quien felicité y di las gracias, descubre un rasgo ignorado y digno de las nobles virtudes del padre de la víctima. El señor Dupin empieza su memoria de este modo:

«La muerte del infortunado duque de Enghien es uno de los acontecimientos que más han afectado a la nación francesa: élla deshonró el gobierno consular.

»Un príncipe, en la flor de sus años, fué traidoramente sorprendido en un país extranjero, donde descansaba pacíficamente bajo la protección del derecho de gentes; arrastrado violentamente a Francia; llevado ante unos mal llamados jueces, que de ninguna manera podían serlo suyos; acusado de crímenes imaginarios, privado del auxilio de un defensor, interrogado y condenado en secreto, y fusilado de noche en los fosos del castillo que servía de prisión de Estado; tantas virtudes menospreciadas, tantas esperanzas destruidas, harán siempre de esta catástrofe uno de los actos más crueles a que puede entregarse un gobierno absoluto.

»¡Si las formas de ninguna clase no han sido respetadas; si los jueces eran incompetentes; si ni aun se tomaron el trabajo de citar en su sentencia la fecha y el texto de las leyes en que pretendían apoyar esta condena; si el desgraciado duque de Enghien fué fusilado en virtud de una sentencia firmada en blanco... y que no ha sido regularizada sino después de su cumplimiento, entonces no puede considerarse como un error judicial; el hecho permanece con su verdadero nombre; es un odioso asesinato!»

Este elocuente exordio conduce al señor Dupin al examen de las piezas del proceso; demuestra primero la ilegalidad cometida en su aprehensión; el duque de Enghien no fué preso en Francia, no era prisionero de guerra, porque no había sido cogido con las armas en la mano; no era tampoco un preso civil, porque no se había pedido su extradición; aquello fué, sencillamente, un atropello contra su persona, comparable sólo a las capturas de los piratas de Túnez y de Argel, una incursión de ladrones, *incursio latronum*.

El jurisconsulto pasa a hablar de la incompetencia de la comisión militar; hasta entonces, nunca las comisiones militares habían entendido en el conocimiento de supuestas conspiraciones, urdidas contra el Estado.

Después de esta observación, analiza la sentencia:

«El interrogatorio—dice el señor Dupin—se verificó en 29 de ventoso a media noche. A las dos de la mañana del día siguiente, compareció el duque de Enghien ante la comisión militar.

»En la minuta de la sentencia se lee: Hoy 30 de Ventoso, año XII de la república, a las dos de la mañana: estas últimas palabras a las dos de la mañana, puestas en aquel documento, porque, en efecto, ésa había sido la hora en que ocurrió la escena, fueron borradas en la minuta, sin autorizar la enmienda con alguna acotación marginal.

»Ni se oyó, ni se presentó ningún testimonio contra el acusado.

»El acusado fué declarado culpable! ¿De qué delito? La sentencia no lo dice.

»Toda sentencia condenatoria debe citar la ley en virtud de la cual se aplica la pena.

»Ninguna de tan indispensables formalidades se llevó a cabo en la sentencia de que nos ocupamos. No consta que en el proceso verbal tuviesen a la vista un ejemplar de la ley, ni que el presidente hubiera leído el texto de ella antes de aplicarla. Antes al contrario, la sentencia, por lo tocante a su forma material, revela que los jueces la pronunciaron sin saber ni la fecha, ni el tenor de la ley; pues dejaron en blanco, en la minuta de la sentencia, la fecha de la ley, el número de su artículo y el lugar donde debía consignarse el texto de ella. Y, sin embargo, ¡la minuta de una sentencia redactada con tal imperfección, dió motivo

a los verdugos para derramar una sangre tan ilustre!

»Añade también la ley que la deliberación debe ser secreta; pero que el fallo debe pronunciarse públicamente. Es cierto que, en la sentencia a que nos referimos, se dice: que el consejo deliberó a puertas cerradas; pero no se hace mención de que éstas se abrieran, ni consta que se pronunciara públicamente el resultado de esa deliberación. ¿Y aunque lo dijera, podría creerse? ¿Qué público pudo asistir a un consejo de guerra a las dos de la mañana, en un torreón de Vincennes, estando guardados todos los alrededores del fuerte por gendarmes de preferencia? Pero no quisieron aquellos jueces tomarse la molestia de salvar su informalidad con una mentira: nada dice la sentencia sobre este particular.

»En la sentencia aparece la firma del presidente y de otros seis vocales, entre ellas la del secretario; pero es de notar que la minuta no está firmada por el escribano, cuyo concurso era imprescindible para autorizarla.»

Concluye aquel documento con esta terrible fórmula: *Se ejecutará en el acto después de la notificación.*

¡EN EL ACTO! ¡Aterroradoras palabras, obra de los jueces! ¡EN EL ACTO! ¡Cuando una ley expresa del 15 de brumario, año VI, concedía el recurso de revisión en toda sentencia militar!

Pasando en seguida el señor Dupin a tratar de la ejecución, se expresa en los siguientes términos:

«El duque de Enghien fué interrogado, sentenciado y ejecutado de noche. Debía consumarse ese horrible sacrificio entre tinieblas, para que pudiera decirse que todas las leyes, incluso las que prescriben la publicidad de la ejecución habían sido violadas.»

Trata después el jurisconsulto de las irregularidades que cometieron en el modo de instruir el proceso: «el artículo 19 de la ley de 13 de brumario del año V, dice que el fiscal, después de terminado el interrogatorio, encargará al acusado que elija un amigo que le defienda. — El acusado tendrá la facultad de elegir ese defensor en cualquiera de las clases de los ciudadanos que habitaran en aquella localidad, y si manifestara no poder hacer por sí mismo esa elección, la hará el fiscal en su nombre.

»Ah! Sin duda el príncipe no tenía amigos entre los que le rodeaban: así se lo dijo sin piedad alguna uno de los acto-

res de aquella terrible escena... ¡Ah! ¿Por qué no estábamos nosotros allí? ¿Por qué no le fué lícito al príncipe buscar un defensor entre los abogados de París? Allí hubiera encontrado amigos de su desgracia y defensores de su infortunio. Seguramente para hacer más aceptable a los ojos del público esta sentencia, tuvieron el cuidado de reformar más tarde su redacción. La intempestiva redacción de este documento, algo más regular, al parecer, que el primero (pero no por eso menos injusto), en nada disminuye la odiosidad de haber hecho morir al duque de Enghien por un borrador de sentencia firmado con tal precipitación, y sin haber llegado al complemento de sus formalidades.»

¿No es una cosa enteramente providencial ver a los hombres, después de tantos años, los unos demostrando la irregularidad de un asesinato en que no habían tenido parte alguna, los otros presentarse sin ser llamados ante la acusación pública? ¿Qué es lo que han oído? ¿Qué voz sobrenatural les ha intimado a que compareciesen?

Chantilly, noviembre 1838.

EL GENERAL HULIN.—EL DUQUE DE ROVIGO

Detrás del gran jurisconsulto se ve llegar al veterano ciego: había tenido a sus órdenes a los valientes granaderos de la antigua guardia, y es cuanto hay que decir: la última herida la recibió de Mallet, cuyo impotente plomo se alojó en un rostro que jamás se había vuelto ante las balas. *Habiendo quedado ciego, retirado del mundo, no teniendo más consuelos que los cuidados de su familia* (son frases suyas), el juez del duque de Enghien parece salir de su tumba al llamamiento del soberano juez; y aboga por su causa sin hacerse ilusiones y sin excusarse.

«Que nadie se engañe con respecto a mis intenciones, dice. No escribo por miedo, puesto que mi persona se halla bajo la protección de las leyes, emanadas del trono mismo, y bajo la dominación de ese rey justo nada tengo que temer de la violencia y de la arbitrariedad. Escribo para decir la verdad, aun en aquello que pudiera ser en contra mía. Así es que no pretendo justificar en la forma ni en el fondo la sentencia; sólo quiero que se tenga en cuenta el conjunto de circunstancias que hubo en ella;

quiero alejar de mí y de mis colegas la acusación de que obrásemos por espíritu de partido. Si, a pesar de esto, merecemos la pública acusación, quiero que se diga al menos: *«¡Han sido muy desgraciados!»*

El general Hulin afirma que, nombrado presidente de una comisión militar, hallábase ignorante de su objeto; que habiendo llegado a Vincennes, lo ignoraba todavía, así como todos los demás individuos de la comisión; que habiendo preguntado al señor Harel, comandante del castillo, éste le respondió que nada sabía, añadiendo, además, estas palabras: «¿Qué quiere usted? Yo no soy aquí nadie. Todo se hace sin darme parte: aquí hay otro que es el que manda.»

Cuando el general Hulin salió de su incertidumbre por las comunicaciones de las piezas relativas a la causa, eran las diez de la noche. La audiencia se abrió a las doce, cuando hubo concluido el examen del capitán-fiscal. «La lectura de las piezas—dice el presidente de la comisión—dió lugar a un incidente. Vimos que, al final del interrogatorio sufrido ante el capitán-fiscal, el príncipe, antes de firmar, había escrito de su propia mano algunas líneas, manifestando deseos de tener una entrevista con el primer cónsul. Uno de los miembros propuso que transmitiría esta petición al gobierno. La comisión accedió a ello; pero en aquel instante, el general, que había venido a colocarse detrás de mi sillón, nos dijo que esta petición era inoportuna. Además, no hallamos en la ley ninguna disposición que nos autorizase a sobreseer. La comisión, pues, siguió adelante, reservándose para después de terminados los debates, el acceder a los deseos del acusado.»

Esto es lo que dice el general Hulin. Ahora bien; en la memoria presentada por el duque de Rovigo se lee lo siguiente: «Como había demasiada gente, me costó bastante trabajo, habiendo llegado de los últimos, penetrar detrás del sillón del presidente, donde pude colocarme.»

¿Era, pues, el duque de Rovigo el que se había colocado detrás del sillón del presidente? Pero, ¿tenía ni él, ni nadie, derecho para intervenir en los debates de esta comisión, y de afirmar que una petición era inoportuna?

Veamos lo que dice el comandante de granaderos de la antigua guardia, hablando del valor del joven hijo de los Condé; su autoridad es irrecusable.